

Los personajes cervantinos. Don Quijote

Los personajes cervantinos son viajeros, sufren del impulso de la huida. Siempre se están despidiendo. No viven sosegadamente, no tienen tiempo, porque siempre van a alguna parte. «Todos ellos confunden la independencia y la libertad». En su huida o viaje los personajes cervantinos tratan de purificarse. Don Quijote o el licenciado Vidriera; Soldino, Renato y Antonio el Bárbaro. En Persiles y Segismunda, la ruptura con el medio social tiene el valor de purificación y de catarsis. El viaje se hace peregrinación para constituir lo que Rosales llama el «noviciado del amor», cuyos rasgos son la prueba de la castidad y la prueba de la belleza perdida.

Los personajes cervantinos viven dos vidas, la que vivieron como hombres anodinos, sin historia, y la que realizarán como personajes. Alonso Quijano y Don Quijote, Cristóbal de Lugo y Fray Cristóbal de la Cruz, Persiles y Periandro, Don Juan de Cárcamo y Andrés Caballero. Eligen «su vida», su ensoñada libertad. Mueren a sus existencias reales, para ser otros, figuras de ficción, que realizan su nombre y lo enseñorean con aventuras y hazañas. Todos ellos «coinciden en su extremismo y en su carácter idealizado» (pág. 369). Buscan la libertad fuera de su condición humana. La desrealizan y son quimera de sus deseos. Son antisociales, desgarrados, alienados en un vivir representado. «Por su condición anárquica son desintegradores y manifiestan síntomas semejantes a los de nuestro tiempo» (pág. 370). Luis Rosales distingue varios tipos de libertades: 1.º Libertad de exención. 2.º Libertad de opción. 3.º Libertad de determinación. 4.º Libertad de apropiación⁹. Los personajes cervantinos no eligen la libertad, sino «su» libertad interesada, caprichosa, negativa, que los exime de responsabilidades.

El personaje vital se realiza en la vocación. Elegir la propia vocación es la mejor manera de realizarse en libertad. Conviene no equivocarse para no perder la vida, pues no se puede re-vivirla. Rosales define: «La vocación es una inspiración o una voz interior que nos aconseja o nos requiere» (pág. 383). Es involuntaria, abierta, dialogal, y se articula en la esperanza. Así, pues, no es egoísta, impuesta, descorazonada. La relación dialéctica-dialogal-del hombre consigo mismo y con los demás se realiza por medio de la vocación. No en la lucha o en la huida, sino en la integración armónica. Rosales sigue a Ortega en la explicación del «Yo soy yo y mi circunstancia», profundiza en los contenidos de «circunstancia», «tiempo» y «mundo», como ámbitos donde se desenvuelve nuestro vivir. La teoría de la vocación le sirve a Rosales para plantear una pregunta tan atrevida como irreverente para ciertos panegiristas aquijotados. «La vocación de Don Quijote ¿es una verdadera vocación?» Rosales contesta que no, porque Don Quijote no ha convertido su proyecto vital en vocación.

Don Quijote es un héroe que debe hacerse. Alonso Quijano no necesitaba la heroicidad para ser él, Don Quijote sí. «Todos los episodios, todos los personajes, han de contribuir cada cual a su modo a la realización del qui jotismo» (pág. 419). Un episodio polémico, sobre el que se ha cebado la crítica, es el que tiene lugar en el palacio de

⁹ Luis Rosales ha expuesto ampliamente estas ideas en «El proceso de apropiación de la libertad», primera parte de la primera edición de *Cervantes y la libertad*, Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid, 1960.

los Duques. Contra la actuación de estos personajes que «ridiculizaron a Don Quijote» se han saciado ciertos críticos a los que Rosales, en más de un lugar, llama «los alegres comentaristas». Propone una interpretación literaria y no sociológica del hecho. Considera los gritos unamunianos un tanto exagerados. Todos los episodios, aventuras, desdichas, combates y afrentas de Don Quijote, han de contribuir a la realización de su quijotismo. «No sé por qué razón hay que arrojar a los Duques, únicamente a ellos, del paraíso de la crítica» (pág. 418). Se olvida, que Don Quijote ya no es un héroe de caballería, sino el antihéroe, humano, espiritual, ridículo, enamorado, que inaugura la novela moderna. El héroe se templea —se degrada también— en la humillación. Don Quijote es un héroe derrotado, pero no abatido, renace de sus caídas, de sus humillaciones. Rosales aventura la hipótesis: «Los personajes que comprenden al caballero de manera más honda son los Duques», aunque su intención es burlesca, pero generosa y comprensiva.

Don Quijote es universal, porque es personal, vive en cada uno, donde la realidad «real» y la realidad soñada tienden a complementarse. Existe una lógica de la razón, pero también una lógica de la esperanza, que Cervantes no las enfrenta, trata de armonizarlas. Don Quijote convierte su existencia anodina en vida representada. Arma de la materia trascendida de los sueños a su personaje. Rosales establece los siguientes estratos del personaje literario: «carácter funcional», «carácter personal» y «carácter vital», que se cumplen en Don Quijote.

Luis Rosales señala como el rasgo más destacado y original del arte cervantino la complementaridad y mutua interferencia entre los planos de realidad y ficción, pues su manera de narrar ofrece múltiples perspectivas enriquecedoras. Alonso Quijano se enajena en su quijotismo. Pero Don Quijote, doloridamente, vive, al final de la novela, su quijanismo; desanda la aventura, la muere, para ser Alonso Quijano. El carácter funcional, personal y vital de Don Quijote se corresponde con una sorprendente invención cervantina: el teatro dentro del teatro para sí mismo y el teatro de la felicidad. Don Quijote es así una proyección de los sueños del hombre, lo que no es Alonso Quijano, y vive fuera de sí, en una heroicidad representada. Don Quijote es una novela. También, una comedia. Y un drama.

Dulcinea o la razón del amor

En la invención de Dulcinea ve Rosales el progresivo enriquecimiento del Quijote. El caballero de la Triste Figura, melancólico, enamorado, sueña y transfigura a Aldonza Lorenzo en Dulcinea, donde tiene su último acto la *Comedia de la feliz ciudad*, la comedia inventada por los Duques. Aquí otra vez la realidad se trasciende en idealización. Pero no se olvide que en Cervantes la idealización no se esfuma en fantasía, pues la ironía, o la parodia, restablecen la realidad perdida. Dulcinea que empieza siendo un requisito del código caballeresco, termina siendo una razón de amor que impulsa el vivir de Don Quijote.

Dulcinea es una figura clave. Es mediadora de Don Quijote y le armoniza con el mundo; también une al caballero con su escudero. Don Quijote y Sancho precisan de la existencia real de Dulcinea. La carta a Dulcinea y la aventura del engaño buscado

tienen la intención de realidad y Dulcinea es obligada a existir para dar verdad a los sueños de Don Quijote y realidad a las ambiciones de Sancho. Rosales critica el «disparatado e interesante estudio» de Eric Auerbach *La Dulcinea encantada*¹⁰, quien se muestra desengañado del *Quijote* y aún más de aquellos intérpretes de la novela que quieren convertir a Cervantes en un filósofo idealista.

Señala Rosales que la invención cervantina se funda en la imaginación de la realidad. La realidad es trascendida por la imaginación creadora. El novelista indaga la realidad sirviéndose de sus recursos narrativos, de su intuición imaginativa y llega más allá de donde llega la teoría de la ciencia o la filosofía especulativa. Intuir, es conocer también, por medio de la filosofía primero, de la poesía como creación de un mundo de la nada. Hay una honda filosofía en Cervantes como la hay en su coetáneo Shakespeare. (Filosofía que no es la sistemática aburrida de los manuales y filósofos oficiales, tan pronto pasados de moda). La filosofía de Don Quijote es vital, encarnada en personajes que llevan su aventura (su dialéctica entre su yo y el mundo) a término. Escribir una novela como el *Quijote* es más difícil de lo que muchos ilustrados tratadistas piensan. Cervantes conocía bien la cultura de su época y era dueño de los recursos literarios.

En el *Quijote* realidad y sueño se aúnan para ser una obra maestra, no tan «realista» como algunos pretenden, ni tan fantástica como otros proponen. El realismo idealizado de Cervantes es una segunda lectura de la realidad real, sublimada por la imaginación y al mismo tiempo desidealizada por la ironía. Esta triple imagen irreal, idealizada e irónica, hacen del *Quijote* una obra enormemente compleja, rica, ambigua y abierta¹¹. Rosales distingue, certeramente entre quijotismo y quijanismo. En la primera parte de la novela domina el quijotismo. Don Quijote se despoja de su armadura, de su personaje, para ser otra vez el hombre. «El quijanismo va a comenzar a ser ahora únicamente la vertiente predominante de su carácter» (pág. 603). En la primera parte, Don Quijote es impulsado por el ideal de la justicia y en la segunda, por el ideal de Dulcinea. Don Quijote deja de ser un loco, engañado por sus múltiples enemigos, para ser un hombre cuerdo, sentencioso. En la primera parte, Don Quijote es impulsado por el ideal de la justicia y en la segunda, por el ideal de Dulcinea. En la primera parte, se llama *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* y en la segunda, *El ingenioso caballero Don Quijote de la Mancha*, el cambio de título es significativo de las intenciones de Cervantes.

La aventura convierte al hidalgo en caballero. Pero es el amor el que le hace hombre. En la aventura temple su carácter heroico, temerario, justiciero. Pero es la experiencia amorosa la que transforma su representación de loco aventurero, en vividura humana. Don Quijote ha madurado y se ha hecho mayor. Ya no es el «adolescente», impulsivo, desarraigado de sus primeras aventuras. Precisa la comunión con el mundo, encontrarse a sí mismo. El amor establecerá este diálogo, un amor platónico, por el que todo lo hace y todo lo da, y en el cual cree sin esperanza, dándose sin egoísmo,

¹⁰ Citado por Rosales. ERIC AUERBACH: *Mimesis y realidad en la literatura*, Fondo de Cultura Económica, México, 1950 (capítulo XIV).

¹¹ Sobre el concepto véase: UMBERTO ECO *Opera aperta*, traducción en Ariel, Barcelona, 1979.